

Bolívar que decretó la «guerra a muerte» en 1813 y el que al final de su vida, ante la crisis interna de la Gran Colombia, decide no intervenir para evitar una «guerra civil» (131). Fue ese Bolívar que dijo al caudillo llanero Páez en 1826: «yo no soy Napoleón ni quiero serlo», el que a Restrepo aconseja en 1828, en vez de responder con intolerancia a los «alegatos de los resentidos», acogerse a los «cruels desengaños para el mérito». Pero no es esta imagen del Bolívar desengañado la que ha prevalecido en Venezuela, y menos hoy cuando el presidente Chávez estimula el legado del Bolívar obsesionado con el resentimiento y la peligrosa pasión de «redentor» que nos puede llevar a un traumático conflicto social.

Después de *Las lanzas coloradas*, Uslar no ensaya otra novela sino hasta 1947, cuando publica *El camino del Dorado*. No me puedo ocupar aquí de esta obra, ni de sus últimas novelas históricas, *La isla de Robinson*, de 1981, basada en la vida de Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, o *La visita en el tiempo*, de 1990, que recrea el personaje histórico Don Juan de Austria. Según Juan Liscano, su «obra novelesca no ha corrido tanta suerte como la cuentística, exceptuando *Las lanzas coloradas* y la deslumbrante crónica *El camino del Dorado*» (47). Algunos de sus cuentos alcanzan una alucinante ficcionalización de la realidad. Además de «La lluvia», en el que retorna al tema rural pero para configurar visiones que borran la realidad tras una experiencia cotidiana, está «El gallo», en el libro *Treinta hombres y sus sombras*, de 1949. Como ha observado Domingo Miliani, en este cuento la diversidad de puntos de vista del personaje que oscila entre un yo y un tú, y un él del narrador, anticipan una vena narrativa aprovechada por Carlos Fuentes en *La muerte de Artemio Cruz* y Roa Bastos en *Yo, El Supremo*. Una limitación de Uslar fue el tema rural, con su peso anecdótico criollista que no siempre supo aligerar. Pero incluso aquí sembró una semilla que cosechó en futuras generaciones que lograron sintetizar las visiones de la Venezuela rural y la urbana. Para mencionar un ejemplo cercano, el poeta Eugenio Montejo, en su libro *Partitura de la cigarra*, publicado en España en 1999, en «Una fotografía de 1948» evoca un «país agrario» de «feraces paisajes», de «minas, planicies y petróleo» y «que no termina de enterrar a Gómez» (20). Como tampoco termina de enterrar los mitos del Dorado y Manoa, temas frecuentes en prosa, pero cuya versión poética probablemente Montejo heredó del libro de Uslar, *Manoa*, de 1972. Tampoco se ha dejado de sentir la presencia indirecta de Uslar en la narrativa venezolana contemporánea. Pienso ahora en una novela del boom, *País portátil*, de Adriano González León, ganadora del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral en 1968. Es una novela que por la apretada síntesis de un violento pasado rural y una conflictiva Venezuela de la modernidad

petrolera, culmina según Orlando Araujo el ciclo empezado con *Las lanzas coloradas* y abre con Salvador Garmendia y otros novelistas un nuevo tiempo narrativo (226). *País portátil* deja ver al mismo tiempo el estancamiento narrativo de Uslar. Cuando publica *Pasos y pasajeros*, en 1966, lo rural carece de intensidad poética y es ya simplemente anacrónico, sobre todo en quien el mismo año ha publicado un libro en el que insiste de nuevo, como en 1936, en «sembrar el petróleo», que significa para él aprovechar el petróleo para la mejor urbanización y el desarrollo económico del país. En Uslar el hombre político y el escritor, el artista y el pensador moral entraron no pocas veces en contradicción. Su esfuerzo por renovar lo telúrico en nuestra literatura no siempre es acertado, y con frecuencia decae o se repite, destino que recuerda el de Gallegos que desmaya después de *Doña Bárbara* y *Canaima*.

Los mejores cuentos de Uslar tal vez sean «Barrabás» y «La lluvia». Con «Barrabás» se alejó del ambiente criollista al escoger el personaje bíblico y desarrollar su narración a partir del espacio cerrado de un «calabozo». Se lee entre líneas la época represiva, llena de presos políticos, del dictador Gómez. Es más que una coincidencia que Ramos Sucre, Julio Garmendia y luego Uslar se hayan valido de los espacios cerrados para transformarlos en un pasadizo secreto a otra realidad. Sobre todo los dos primeros escritores, cuya influencia Uslar no reconoce. En una entrevista de Margarita Eskenazi, ante la pregunta sobre los libros que «han tenido influencia en su formación intelectual», responde citando a autores extranjeros y no menciona a ningún venezolano (85-6). Cuando entonces tiene que referirse a la generación del 28, dice que aunque *Barrabás y otros relatos* fue publicado en 1928, ya estaba escrito en 1924. Es una afirmación no apoyada en ningún manuscrito, y sospechosa si pensamos que *La torre de Timón*, de Ramos Sucre, se publica en 1925. Es una evidente injusticia que sanciona en *Letras y hombres de Venezuela*, libro que publica tras su experiencia académica en Columbia. En este libro ignora a dos escritores cercanos, Ramos Sucre y Fernando Paz Castillo, olvido injustificable si se piensa que ambos colaboraron en *Válvula*, como recuerda Juan Liscano (38). Uslar cumplió una labor de difusión cultural no siempre justa. Agradecemos que de Ramos Sucre ya se conoce en España la antología *Las formas del fuego*, publicada en Madrid por Siruela en 1988, con introducción de Salvador Garmendia. ¿No podía Uslar haber aprovechado su posición privilegiada como escritor reconocido internacionalmente para dedicarle unas breves páginas a Ramos Sucre? Al parecer, después de recibir numerosos reconocimientos nacionales e internacionales, no se sentía todavía satisfecho del alcance de su obra, como lo dice a Margarita Eskenasi: «He obtenido galar-

dones de importancia, pero no siento haber logrado el reconocimiento proporcional a lo que representa mi obra, comparada con la de otros escritores latinoamericanos» (106). Semejante actitud habla de mezquindad, envidia y falta de humildad. No es casual que en el poema «Acción de gracias», de su libro *Manoa*, el hablante oscile entre el agradecimiento y el remordimiento angustiado ante Dios, desde un «nosotros» impersonal:

Gracias porque pudimos ser más contrahechos y pobres,
 más torcidos y mezquinos,
 más estúpidos y sordos,
 más olvidadizos y avarientos,
 más llenos de pulgas y de envidias.

La personalidad de Uslar tiene relaciones complejas con el poder y la escritura. Su atracción por Lope de Aguirre es comprensible cuando recuerda que «firmó su carta desesperada para el rey con este nombre turbador: Lope de Aguirre El Peregrino» (*Veinticinco ensayos*, 55). El hombre «peregrino» es una imagen de origen bíblico y que a través de la Edad Media llega al Siglo de Oro español, pero tal como lo usa Lope de Aguirre tiene resonancias de las cruzadas, empresa en la que se aliaban la espiritualidad y el poder. Semejante alianza describe en medida considerable a Uslar Pietri. Con todo, es un testigo privilegiado en Venezuela de diferentes generaciones y fracasos institucionales, de torpes golpes de Estado y de inestabilidad democrática.

Sin tratar de negar aquí su valor, he querido darle valor a lo que él negó. Después de todo, sería absurdo negarlo, pues está con nosotros con todas sus contradicciones venezolanas que aún no hemos podido asimilar. Escribo estas últimas líneas mientras escucho el *Requiem* de Mozart, allí donde la fuga del Kyrie despierta en la memoria imágenes contrapuntísticas. Y vuelve Uslar, vuelve el joven escritor de los duros años del gomecismo, vuelve el calabozo de «Barrabás», espacio cerrado que, sin milagro alguno, se abre al enigma del universo, como sucederá en la cárcel de «La escritura de Dios» en *El Aleph* de Borges. Vuelven los años del autoritarismo y la palabra que abre una «válvula» de escape en la oscura cárcel del país, como un surtidor en la noche. Vuelven las casas cerradas de Ramos Sucre y Julio Garmendia, allí donde, sin apelar al artificio sobrenatural de *La metamorfosis* de Kafka, ni al formulario de recetas mágicas de *Cien años de soledad*, el mundo es más de lo que es, sin invocar a otro poder que el extrañamiento, el ser siempre más, pero ser. Vuelve también la risa enlutada de «La I latina» de Pocaterra, la de la muchacha María Eugenia en *Ifi-*

genia, de Teresa de la Parra, en irónica queja contra el opresivo ambiente «patriarcal», la de la trágica guaricha que contempla un rostro enamorado en las aguas del río, la del destierro en Chile. Vuelve la noche como en Gerbasí, la noche de donde venimos y hacia donde tal vez vamos, cipreses en la soledad, torrente de aguas vivas, sedientos de libertad, de donde venimos, la noche, o quizá, más acá de un «nosotros», deseado pero desconocido, la noche de donde alguien viene. *Requiem*.

Bibliografía

- ARAUJO, ORLANDO: *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Monte Ávila, 1988.
- BIOY CASARES, ADOLFO: *La invención de Morel*. Prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires: Losada, 1953.
- BOLÍVAR, SIMÓN: *Escritos fundamentales*. Caracas: Monte Ávila, 1982.
- ESKENAZI, MARGARITA: *Uslar Pietri: muchos hombres en un solo hombre*. Caracas: Caralex, 1988.
- LISCANO, JUAN: *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Alfadil, 1995, 2ª ed.
- MENTON, SEYMOUR: México: F.C.E., 1998.
- MONTEJO, EUGENIO: *Partitura de la cigarra*. Valencia: Pre-Textos, 1999.
- PICÓN SALAS, MARIANO: *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila, 1984.
- RAMOS SUCRE: *Las formas del fuego*. Ed. Katyna Henríquez Consalvi. introd.. Salvador Garmendia. Madrid: Siruela, 1988.
- SUCRE, GUILLERMO: *La máscara, la transparencia*. México: F.C.E., 1985, 2ª ed.
- USLAR PIETRI, ARTURO: *Bolívar hoy*. Caracas: Monte Ávila, 1983.
- , *Cuarenta muertos*. Prólogo de Víctor Bravo. Caracas: Monte Ávila, 1990.
- , *Las lanzas coloradas*. Ed. Domingo Miliani. Madrid: Cátedra, 1993.
- , *Letras y hombres de Venezuela*. México: F.C.E., 1948.
- , *Manoa*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1973.
- , *Veinticinco ensayos*. Caracas: Monte Ávila, 1969.
- VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL: *Tirano Banderas*. Ed. Alonso Zamora Vicente.

